Casa de citas o camino de perfección

Una selección de S.M.B.

…cuanto más joven era uno y menos había aprendido, más bienvenido era por su desvinculación de las tradiciones; por fin la gran venganza de la juventud se desahogaba triunfante contra el mundo de nuestros padres. Pero en medio de este caótico carnaval, ningún espectáculo me pareció tan tragicómico como el de muchos intelectuales de la generación anterior que, presas del pánico de quedar atrasados y ser considerados «inactuales», con desesperada rapidez se maquillaron de fogosidad artificial e intentaron, también ellos, seguir con paso renqueante y torpe los extravíos más notorios. Honrados y formales académicos de barba blanca repintaban sus «naturalezas muertas» de antes, ahora invendibles, con dados y cubos simbólicos, porque los directores jóvenes (en todas partes los buscaban jóvenes ahora, y cuanto más joven mejor) retiraban todos los demás cuadros de las galerías por demasiado «clasicistas» y los llevaban al depósito.

Stefan Zweig: ***El mundo de ayer.***

Pero, tómese como se tome, jamás se admite la sexualidad humana sino dentro de unos límites más allá de los cuales está vedada. Hay, finalmente, en todas partes, un movimiento de la sexualidad en la que la porquería entra en juego. A partir de ahí ya no se trata de sexualidad benéfica, «querida por Dios», sino más bien de maldición y muerte. La sexualidad benéfica es cercana a la sexualidad animal, en oposición al erotismo, que es lo propio del hombre y no tiene de genital más que el origen. El erotismo, en principio estéril, representa el Mal y lo diabólico.

George Bataille: ***El erotismo.***

Naturalmente, la gente corriente no quiere la guerra, ni en Rusia, ni en Inglaterra, ni en América, ni en Alemania. Eso es así. Pero al final quienes determinan la política son los dirigentes del país, y siempre es sencillo arrastrar a la gente, lo mismo si se trata de una democracia que de una dictadura fascista, un parlamento o una dictadura comunista. Con voz o sin voz, a la gente siempre la pueden llevar los dirigentes a la obediencia. Es sencillo. Todo lo que hay que hacer es decirles que les atacan, y denunciar a los pacifistas por falta de patriotismo y porque exponen a la patria al peligro. Funciona igual en cualquier país.

Hermann Goering durante el Juicio de Nuremberg, 18 de abril de 1946.

Pintar es, por lo pronto y al cabo, un trabajo manual. Es una pena que sentencia tan perogrullesca circule tan poco por las mentes. El pintor es un hombre que con sus manos fabrica objetos, que se pasa la vida luchando con la materia corporal, consignado a las limitaciones que ésta impone y sometido a la dura y humillante disciplina que esas inexorables limitaciones imponen. El pensador manipula ideas, seres que no ofrecen resistencia y que se dejan combinar y deformar ubérrimamente. Como se discipline a sí mismo está perdido. Su labor resultará irresponsable, petulante y nula. De aquí que un intelectual —aun en igualdad de nivel con un artista— necesita ineludiblemente tener una conciencia más clara de lo que hace. El pintor, en cambio, ni suele ni necesita ser consciente. La insobornable consistencia de la materia con que sus manos tropiezan actúa como si fuera la consciencia que a él le falta. Por eso el artista vive más en su obra que el intelectual, y cuando sus dedos se quedan solos, cuando abandonan el lienzo, el pincel, el buril, el barro o el mármol es como si se quedase sin cerebro, y parece tonto. [...] la inteligencia del pintor tiene una complexión distinta que la del intelectual.

José Ortega y Gasset: ***Papeles sobre Velázquez y Goya.***

La bestia hambrienta que vive dentro del hombre y que no se atreve a aparecer en tanto no quedan eliminados los obstáculos que representan las buenas costumbres y las leyes, quedó en libertad. Los actos de violencia, el pillaje e incluso el asesinato, como suele ocurrir en la historia de la humanidad, no sólo quedaron en silencio, sino que fueron autorizados con la condición de que se llevasen a cabo en nombre de intereses elevados y al amparo de una serie de palabras que representaban el orden.

Ivo Andric, ***Un puente sobre el Drina.***

Yo intento filosofar, pero ¿dónde ha quedado la dignidad del conocimiento? ¿No ha muerto hace tiempo? ¿La misma filosofía no se ha desintegrado en meras palabras ante el derrumbamiento de su objeto? Este mundo sin esencia, mundo sin quietud, este mundo que sólo encuentra y mantiene su equilibrio en la rapidez, cada vez mayor, este mundo ha convertido su precipitación en actividad aparente del hombre para arrastrarlo hacia la nada. ¡Oh! ¿Existe acaso resignación más profunda que la de una época incapaz de filosofar?

Hermann Broch: ***Huguenau o el realismo.***